

Virginia Vargas Valente

El aporte de la rebeldía de las mujeres



Cipaf

Agü
305.42
V297a



Reg. 87-008134 22

EL APORTE DE LA REBELDIA DE LAS MUJERES

Virginia Vargas Valente



©, 1988, CIPAF

Portada de CIPAF

Ilustración de portada Elena Magiorelli

Impreso en Taller, República Dominicana

Printed in Dominican Republic

Taller, Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana

Virginia Vargas Valente

El aporte de la rebeldía de las mujeres



BIBLIOTECA A G N



000999

000 999



PRESENTACION

Los diversos planos de la participación política y social de la mujer latinoamericana, han puesto de manifiesto la inconveniencia de establecer criterios estancos sobre su capacidad de rebeldía y, por ende, de transformación.

Virginia Vargas Valente, peruana, feminista, socióloga especializada en Ciencias Políticas se adentra en el análisis de este tópico desde una perspectiva integradora. Reconocida como una de las más lúcidas teóricas del feminismo continental, Gina Vargas procura establecer los límites y los alcances de tres categorías paradigmáticas de participación: 1) la que perfila la acción de las mujeres desde su rol en la reproducción, en base fundamentalmente a la lucha por la subsistencia y el bienestar familiar; 2) la que ubica a las mujeres en los espacios tradicionales y mixtos (sindicatos, gremios, partidos políticos) y, 3) la que expresa claramente la lucha por reivindicaciones de género desde una perspectiva feminista.

De acuerdo con la autora, estas vertientes de la acción de las mujeres no son en modo alguno excluyentes. Por el contrario, las dinámicas particulares pueden incidir en las otras, concretándose de alguna manera un proceso de retroalimentación que no puede ser desdeñado. Reconoce, empero,

que la articulación estratégica de estas tres categorías no ha sido suficientemente tratada.

La reflexión de Gina Vargas sobre el particular se fundamenta en un hecho que, pese a su contundencia, no constituye una obviedad generalizada: "...si los intereses prácticos de género no llevan necesariamente al cuestionamiento de la situación de subordinación de la mujer, los intereses estratégicos también pueden quedarse en la abstracción si no se dan cuenta de estos otros intereses de las mujeres". De ahí que plantee como reto lograr la articulación de ambos con vistas a politizar los primeros de tal forma que avancen hacia modificaciones en la situación de subordinación de la mujer.

El texto, en consecuencia, adquiere un especial relieve en momentos en que la crisis económica y social latinoamericana impulsa a las mujeres de todos los estratos a decidirse por una presencia manifiesta en el escenario político y reivindicativo. De que se trillen los caminos reflexivos propuestos por Gina Vargas depende, en gran parte, el éxito de esta inserción.

"Ediciones Populares Feministas" en su Colección "Teoría", se complace plenamente al ofrecer a las mujeres dominicanas y del continente, y a todo aquel interesado en conocer la perspectiva política de las mujeres, una reflexión que no por producirse en el contexto peruano deja de tener validez general en la búsqueda de los necesarios caminos hacia la concreción de nuestra utopía.



Las mujeres de América Latina se han hecho visibles a través de una multiplicidad de expresiones organizativas y de lucha. ¿Cuál es el aporte de esta rebeldía de las mujeres para transformar su opresión? ¿Desde qué espacios generan esta presencia? ¿Qué alternativas de nuevas relaciones personales y sociales están prefigurando a partir de su práctica? Mi interés es analizar esta presencia de las mujeres a la luz de su aporte a la gestación y consolidación de un movimiento social de mujeres con identidad y perfiles propios dentro de una perspectiva de transformación social que incluya la perspectiva de género. De ahí que el objetivo de la ponencia es contribuir a la reflexión sobre el aporte de las mujeres desde sus diferentes espacios y prácticas sociales, al entendimiento y transformación de la dinámica social y analizar las posibles estrategias a desarrollar desde el movimiento feminista.

La primera parte es una reflexión sobre el aporte de los movimientos sociales, en especial el de las mujeres, al cuestionamiento de las concepciones y prácticas políticas tradicionales. Esta reflexión se nutre fundamentalmente de la experiencia de construcción del movimiento feminista en el

Perú, pero pensamos que puede ser aplicado a las diferentes expresiones de los movimientos sociales.

Una segunda parte está referida al movimiento real de las mujeres a partir del análisis de los diferentes espacios por los que transcurre su práctica, así como de las diferentes vertientes de este movimiento y sus posibilidades de articulación y las alternativas políticas que pueden facilitar su crecimiento y consolidación como fuerza social.

1. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LOS PARADIGMAS DE LA POLITICA

En los últimos años los movimientos sociales tienen una presencia incuestionable en la escena social. Su análisis es indispensable para entender la dinámica y los cambios en la sociedad latinoamericana. Son mayoritariamente movimientos no clásicos, en la medida que transcurren en las esferas no tradicionales de organización y acción política. Lo novedoso de esta presencia es que expresan fundamentalmente la práctica y percepciones de amplios sectores sociales hasta ahora marginados en el análisis de la realidad social y en los proyectos políticos de transformación, sino también porque su mera existencia y su práctica cuestionan viejos paradigmas de la acción política que es necesario revisar.

Uno de los principales aportes ha sido evidenciar la complejidad de la dinámica social y de la acción de los sujetos sociales. En efecto, la presencia de los movimientos sociales, nucleados a partir de determinadas reivindicaciones, develan el carácter multidimensional y jerárquico de las relaciones sociales y la existencia de una heterogeneidad de campos en conflicto, más allá de la sola existencia de las clases sociales.

Es decir, aun cuando todas las personas estamos inmersas en relaciones de clase, existe otra multiplicidad de sistemas

de opresión (sexual, racial, generacional) que pueden ser tanto o más determinantes que la opresión de clase en la vida de las personas y de los grupos sociales. Las relaciones de género son también relaciones que involucran a todas las personas (hombres y mujeres); son relaciones de dominio o subordinación que se sustentan en una rígida división sexual del trabajo y se expresan en formas de opresión específicas tanto en el ámbito privado como en el público. Su importancia no está sólo referida al sujeto que las sufre, sino más bien está en el hecho que es la primera y más generalizada en casi todas las sociedades; aún antes de darse cuenta que existe opresión o explotación en otros ámbitos de la sociedad. Ello estructura una forma de comportamiento y una percepción de la sociedad que es deformada de antemano. Se establece una suerte de relaciones pervertidas que se van construyendo desde la base, que dan cabida a una concepción autoritaria de las relaciones humanas y de la acción social.

Las mujeres, como todo grupo que sufra relaciones de poder específicas, es llamada a resistir y transformar esta situación:

"En esta relación de opresión, mujeres y hombres son dos términos en contradicción, para cuya resolución ambos deben ser superados: a los hombres les compete la responsabilidad de la opresión, al oprimido le compete la rebeldía"¹.

Esta rebeldía —en su expresión orgánica— se sustenta en la identificación de su situación de subordinación y exclusión del poder y se traduce en una propuesta ideológica que busque revertir su marginalidad. Su concreción se da a partir de la construcción de una práctica social que niega aquellos mecanismos que impiden el desarrollo de una conciencia como ser autónomo que supere la enajenación.

Así, a las mujeres nos toca, como lúcidamente señala Julieta Kirkwood, asumir nuestro hacer político como el acto de negación de los mecanismos que se oponen a nuestra liberación, o lo que es lo mismo, centra la forma particular de poder que se ejerce en todos los ámbitos sobre nosotras:

¹ Kirkwood, Julieta. *Ser política en Chile*, p. 138, mimeo.

—Negación de la existencia de dos áreas de experiencia y actividad humana excluyentes y separadas : pública y privada, en la medida que encubren clases cerradas e irreductibles de actividades en virtud de los géneros.

—Negación de la condición de improductividad, de no trabajo, atribuida a las mujeres en su rol de reproductoras individuales en virtud de los géneros.

—Negación de la situación de dependencia que como grupo socio-cultural sufren las mujeres en lo cívico, político, económico, sexual, psicológico.

—Negación de la condición de alteridad, objeto, secundariedad.

—Negación de la "atemporalidad" atribuida a las reivindicaciones feministas (en relación a la demanda política concreta del presente hoy).

—Negación del aislamiento, atomización, individualización de los problemas de las mujeres y consecuente afirmación de nosotras.

El reconocimiento del "hacer política" de las mujeres como el factor de superación de su opresión nos lleva también a cuestionar la concepción tradicional de la acción política, sacándola de su ámbito de lucha solamente por el poder del Estado e incorporando dentro de ella todo intento de transformar las relaciones asimétricas. En efecto, los nuevos movimientos sociales apuntan a cambiar las relaciones de poder y subordinación en las que los actores están envueltos, sea a nivel territorial, en el ámbito doméstico, a nivel del consumo; buscando un nuevo tipo de relaciones, por ejemplo entre hombres y mujeres, entre los jóvenes, los adultos y el mundo en general. ¿Es esto política? Si reconocemos una nueva concepción del poder, que no se refiera exclusivamente al ámbito público-estatal, sino que reconozca la existencia de relaciones de poder a lo largo de todo el tejido social, actuando, al decir de Foucault, como hilos invisibles que cruzan las relaciones sociales, tanto en el ámbito público como en el privado y personal, la concepción convencional de lo que es política se amplía. Comienza a abarcar todo acto de transfor-

mación de las relaciones de poder allí donde se ejerzan, todo acto de transformación de la organización social y de la vida cotidiana. También se amplía la noción de sujeto: todos aquellos que tienen una posición subalterna en las relaciones de poder existentes son los llamados a transformarlas. No existe entonces un solo sujeto histórico que enfrenta y transforma estas relaciones en nombre de todos los oprimidos, sino más bien se reconoce la existencia de una multiplicidad de sujetos quienes, desde su específica opresión, cuestionan y actúan para transformar su situación. Por ello, los movimientos sociales serían portadores de un nuevo orden social (T. Evers, Calderón, Jellín, entre otros)², no en función de un modelo predeterminado de sociedad sino de una alternativa gestada en la base misma de la sociedad a partir de la práctica de esta multiplicidad de sujetos sociales.

Este planteamiento muestra la crisis de otra concepción convencional de la política, que ubica a ésta como una práctica especializada que corresponde a una vanguardia y que focaliza a los partidos políticos como el lugar privilegiado para practicarla. Nos previene también de pensar en los movimientos sociales como expresiones prepolíticas, cuya etapa siguiente sería convertirse en políticas al incorporarse en los espacios tradicionales de este quehacer. Según T. Evers, esta tendencia a considerar las expresiones políticas derivadas de los intereses sociales de estos mismos actores como formas políticas menos válidas que las practicadas por burócratas profesionales, oscurece la enorme potencialidad de transformación social de los movimientos sociales y su capacidad de generar un proyecto alternativo al existente, en base a la creación y experimentación de formas diferentes de relaciones sociales cotidianas. Al evidenciar cómo esta dimensión política no está separada de la vida social, la política deja de ser un hecho estatal para convertirse en un hecho social.

2 Evers, Tilman, *La Fase revuelta de los movimientos sociales*. Calderón, Fernando, *Los movimientos sociales frente a la crisis*. CLACSO. Jellín, Elizabeth, *Los movimientos sociales en la Argentina Contemporánea*. CLACSO.

Y esto trae otro aporte fundamental en relación a la concepción tradicional, como es el reconocimiento y valoración de nuevos espacios, antes deslegitimados, como espacios de transformación política: el acercamiento a la dimensión personal como dimensión política y la inclusión de la vida cotidiana como elemento fundamental de reflexión y transformación. El movimiento feminista ha contribuido enormemente a perfilar esta nueva concepción gracias a su análisis del contenido político de las relaciones en el mundo privado: la formulación lo privado es político, resume esta concepción; al serlo impacta a la sociedad a dos niveles: por un lado pone nuevos temas al debate y evidencia su contenido político. Las relaciones de pareja, con los hijos, la sexualidad, la violencia cotidiana y doméstica, el trabajo doméstico, son algunos de los temas cuyo análisis enriquece la dinámica social. Por otro lado politiza lo privado, al develar las relaciones de poder que este espacio encierra y su relación con el poder que se ejerce desde lo público.

Finalmente, este proceso lleva a una humanización de lo público, al conferirle una perspectiva que ha estado ausente y que es de interés fundamental de todas las personas. En este enfoque hay también una nueva forma de acercamiento a los sujetos sociales, basada en la revalorización de la persona humana, en la posibilidad de reconocer el valor de la experiencia individual en la transformación social y en el rescate del sentido y valor de las diferencias. Por lo menos dos consecuencias surgen de esta afirmación: la importancia de la recuperación de la subjetividad, del cambio personal en la constitución de los sujetos sociales.

En efecto, la acción política no es simplemente asunto técnico-organizativo; es más bien un asunto vital, sustentado en un proyecto alternativo que apunta hacia la utopía. Las personas construyen su utopía en base a su ideal colectivo de sociedad más plena, pero también y fundamentalmente en base a lo que quiere superar de su experiencia concreta y cotidiana de subordinación. Gramsci expresa claramente este proceso cuando afirma:

"Se puede decir que cada cual se cambia a sí mismo, se modi-

fica, en la medida que cambia y modifica todo el conjunto de las relaciones de las cuales es el centro de anudamiento. En este sentido, el filósofo real no es ni puede ser otra cosa que el político, es decir, el hombre activo que modifica el ambiente, entendiendo por ambiente el conjunto de las relaciones de que el hombre forma parte. Si la individualidad misma es el conjunto de estas relaciones, crearse una personalidad significa adquirir conciencia de estas relaciones y modificar la personalidad significa modificar el conjunto de estas relaciones".³

El cambio social entonces no se da en abstracto, sino a partir de nuestra individualidad. Sólo así lograremos que los cambios tengan permanencia, porque se sustentarán en prácticas que modifican nuestra conciencia y concepción. Los movimientos sociales, al rescatar esta dimensión de la práctica de los sujetos sociales, tienen justamente, como afirma T. Evers, la capacidad de generar embriones de una nueva individualidad social.

Este es el enorme potencial de los movimientos sociales. Evidentemente no es un proceso consciente ni definido de antemano; son más bien tendencias y prefiguraciones que pueden ser cristalizadas a partir de la acción misma de los actores.

3 Gramsci, Antonio. *Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Croce*, p. 34.

2. EL MOVIMIENTO REAL

El movimiento de mujeres en el Perú y en general en América Latina, es un movimiento definitivamente heterogéneo, generalmente espontáneo, con presencia desigual en la escena social, con demandas ambiguas y muchas veces contradictorias, expresadas tanto a través de formas tradicionales como novedosas modalidades de lucha, con diferentes vertientes que no siempre se llegan a articular. Son movimientos que transcurren en diferentes espacios, que combinan desde objetivos inmediatos de bienestar familiar y comunal, hasta objetivos de más largo plazo en relación a la mujer. El terreno común de esta diversidad está dado posiblemente por dos dimensiones: por un lado, el descubrimiento de su identidad biológica como mujeres, percibida ya sea desde su rol tradicional de madres, como desde una postura más ofensiva y crítica de mujeres que buscan transformar su situación; y por otro, su énfasis en la cotidianidad.

Toda esta realidad ha mostrado una enorme potencialidad para desarrollar nuevas formas de expresión y de práctica social, que pueden cuestionar el orden tradicional y la forma en que la vida social, política y personal están estructuradas.

¿Cómo acercarnos a esta heterogeneidad? Uno de los as-

pectos importantes para la comprensión de su dinámica es no atribuirle a las mujeres definiciones a priori, y/o sustentadas en visiones parciales que sustentan el "deber ser" de las mujeres. Esta perspectiva tiende a ignorar la subordinación genérica de éstas y por lo tanto sus intereses como mujeres. Lo importante es analizar cómo transcurre el paso desde un movimiento "para otros", accionado desde los intereses y objetivos de otros movimientos o estructuras organizativas, hasta un movimiento con identidad propia, de cara a su opresión particular para desde ahí aportar al proyecto de transformación social.

El proceso evidentemente no es lineal, porque la realidad tampoco lo es. Es cierto que las mujeres compartimos la opresión de género; reconocerla y ubicarla nos permite comprender y articular, desde la especificidad de la mujer, cómo funcionan y se sustentan mutuamente todos los demás sistemas de opresión y cómo se articulan, en un momento determinado, para mantener la subordinación de la mujer y por ejemplo la explotación de clase o la discriminación racial.

La multiplicidad de relaciones actuando condicionan la forma e intensidad de vivir la opresión sexual, al mismo tiempo que abren un abanico de posibilidades de articulación de reivindicaciones e intereses en cada situación concreta. En esta misma línea, el sistema social de género no es estático ni unívoco, es más bien multivalente. Existe un proceso permanente de pasividad-resistencia frente a la opresión; las prácticas de las mujeres contienen así un doble mensaje: de legitimación y deslegitimación de su subordinación. Los intereses de género movilizan a las mujeres pero no siempre en el proceso de negación de su alienación. En efecto, dentro de los intereses de género podemos distinguir al menos dos formas de expresión, ambas derivadas de la situación subordinada de la mujer: los intereses prácticos de género y aquellos estratégicos de larzo plazo.⁴ Los intereses de género prácticos, inmediatos, se derivan de la posición concreta y

4 Maxime Molineux. *¿Movilización sin Emancipación? Intereses Femeninos, Estado y Revolución en Nicaragua.*

las tareas concretas que las mujeres desempeñan a partir de su ubicación en la división sexual del trabajo, es decir, las relacionadas con la esfera privada, y la familia. Así, las mujeres que son y se sienten responsables del bienestar de la familia, levantarán como intereses propios e inmediatos la defensa del bienestar de los hijos, la lucha por la sobrevivencia, etc. Los intereses a largo plazo de las mujeres también se desprenden de su ubicación como género subordinado, pero apuntarían más bien al cuestionamiento de los mecanismos que hacen posible esta subordinación, luchando por modificar su ubicación en la división sexual del trabajo, por una mayor autonomía como personas, por transformar las relaciones de violencia cotidiana contra las mujeres. En breve, por superar el carácter alienado de las mujeres negando los mecanismos que lo permiten. Intereses éstos que no siempre son coincidentes con los primeros y que incluso pueden ser en algunos momentos contradictorios: el interés estratégico de acabar con la violencia doméstica por ejemplo, aparentemente aceptado por todas las mujeres, puede chocar por ejemplo con el interés también real de las mujeres de asegurar la subsistencia de sus hijos, lo que perciben que pondrían en peligro, si emprenden una acción legal contra el marido que las golpea.

Ahora bien, si los intereses prácticos de género no llevan necesariamente al cuestionamiento de la situación de subordinación de la mujer, los intereses estratégicos también pueden quedarse en la abstracción si no dan cuenta de estos otros intereses de las mujeres. El reto es entonces lograr la articulación de ambos. Esto significa politizar los intereses prácticos de género de tal forma que avance hacia modificaciones en la situación de subordinación de la mujer.

Dentro de un proceso semejante, cada expresión del movimiento de mujeres y cada lucha emprendida desde el intento de articular los intereses de género tiene un significado y validez en sí misma: los avances o retrocesos están en función de su propio proceso de construcción de una identidad como sujeto mujer, la identidad se construye en la confrontación de aquello que aparece como más alienante en un mo-

mento determinado. En el caso de las mujeres la pregunta es, como afirma Susana Prates, ¿cómo hacer posible que las mujeres pasen de sus prácticas cotidianas y fragmentarias hacia la identificación del carácter subordinado de su cotidianidad? De éste a la negación de esa subordinación y a la formulación de una propuesta o, lo que es lo mismo, de su utopía que, al eliminar su propia discriminación se constituye en la posibilidad de eliminar todas las jerarquías y todas las discriminaciones de la sociedad.

3. LAS VERTIENTES DEL MOVIMIENTO DE MUJERES

Entre todas las formas en que las mujeres se hacen visibles, podríamos ubicar al menos tres vertientes que expresan, desde su particularidad, los diferentes espacios donde transcurre su experiencia y las diferentes formas de presencia social: 1) las que perfilan su acción a partir de su rol en la reproducción, en base fundamentalmente a la lucha por la subsistencia y el bienestar familiar; 2) las que lo perfilan desde los espacios tradicionales y mixtos de participación: sindicatos, gremios, partidos políticos; y 3) las que lo hacen claramente desde la lucha por las reivindicaciones de género desde una perspectiva feminista. No son vertientes excluyentes, la dinámica de unas puede hacer avanzar a las otras; sin embargo, el tema de la articulación estratégica de estas tres vertientes sigue siendo la urgencia a abordar, y la base de su consolidación.

a. Los espacios tradicionales

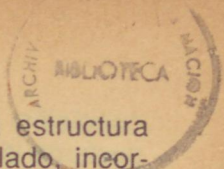
Los viejos espacios de corte fundamentalmente masculino empiezan a ser nuevos espacios para las mujeres. En ellos se ha comenzado a desarrollar una nueva práctica de las mujeres, tendente a ganar presencia a su interior e incorporar reivindicaciones propias.

Las mujeres campesinas han iniciado ya hace buen tiempo una práctica novedosa de presión y organización al interior de las organizaciones campesinas. En muchas federaciones departamentales y distritales, se ha creado la Comisión de Asuntos Femeninos, a partir de las cuales se levantan reivindicaciones en torno a la mayor participación de las mujeres en la vida organizativa, mayores oportunidades de capacitación e incluso de crédito, hasta demandas en relación a sus derechos reproductivos y en contra del maltrato físico por parte de sus esposos. Por primera vez, y a presión de las mujeres delegadas, se ha logrado incorporar a mujeres a la dirección de la Confederación Campesina del Perú. Por primera vez también, las mujeres comienzan a aparecer como presidentas de sus comunidades, lo cual ha significado no sólo resquebrajar la ancestral concepción patriarcal de las comunidades campesinas, sino también superar la actitud de autoexclusión que las mismas mujeres asumen muchas veces frente al poder.

Las mujeres obreras, a su vez, han iniciado un intento de repensar su situación desde su doble condición de trabajadoras y de mujeres, logrando explicitar reivindicaciones específicamente femeninas en el ámbito laboral del cual habían estado sistemáticamente ausentes las reivindicaciones de género. Este proceso ha comenzado a dar sus frutos visibles: la elaboración de un *Memorial* de la mujer trabajadora por un grupo de mujeres dirigentes obreras de diferentes fábricas, a través del cual elevan al Parlamento sus reivindicaciones como mujeres trabajadoras. Esta acción, que fue ampliamente apoyada por los grupos feministas, ha posibilitado la inclusión en la nueva Ley de Estabilidad Laboral del asedio sexual como "falta" del personal jerárquico de la empresa.

Otra expresión significativa de este proceso es la realización del I Encuentro de Mujeres de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) después de 58 años de fundada. Entre los acuerdos se destaca la creación de Secretarías de Asuntos Femeninos en los diferentes sindicatos y federaciones afiliadas.

Estos constituyen los primeros intentos que pueden apun-



tar a dos estrategias no excluyentes: ampliar la estructura básicamente masculina de los sindicatos por un lado, incorporando a ella la presencia, reivindicaciones, el tiempo y el ritmo de las mujeres; y por otro, consolidar espacios propios de mujeres vía las comisiones femeninas para elaborar y presionar por sus reivindicaciones.

Por su parte las mujeres pertenecientes a los partidos políticos, principalmente los de orientación izquierdista, oscilan también entre la creación y consolidación de comisiones femeninas al interior de los partidos y frentes y la demanda de mayor presencia femenina en las estructuras partidarias. La actitud inicial de desconocer y/o desvalorizar la presencia y el aporte del movimiento feminista y los intentos de cooptarlo, han dado paso a un esfuerzo de acercamiento al feminismo, a partir muchas veces de la confrontación al interior de sus partidos, de su propia situación de marginación como mujeres.

En este conjunto, especial atención merecen las mujeres promotoras y/o investigadoras de los centros privados. No porque formen ellas un movimiento en sí mismas, sino por la enorme influencia que tienen sobre grupos de mujeres, principalmente de los sectores populares urbanos y campesinos, acompañando muchas veces los movimientos de mujeres, dándoles en cierta forma un carácter policlasista y apareciendo como el nexo articulador entre mujeres de sectores populares y sectores medios. Ellas constituyen una especie de "correa de transmisión" de los procesos, experiencia, prácticas, de las diferentes organizaciones de mujeres; son fundamentalmente en el proceso de explicitud o no del proceso de asunción de reivindicaciones de género en los grupos a los que dirigen su trabajo. Este grupo tiene como característica común haber pasado por la universidad, ser profesionales o con niveles importantes de formación y experiencia; la mayoría de ellas tienen o han tenido una práctica militante en los partidos de izquierda; son mujeres relativamente jóvenes, que en el proceso de reflexión sobre su práctica de trabajo con mujeres de otros sectores sociales han desarrollado un importante cuestionamiento sobre su

condición femenina. Si bien existe entre este grupo un importante sector cercano a posiciones feministas, otras han avanzado sólo hasta el límite que las preserva de salir de la óptica de clase o de perder la aprobación masculina. Más aún, algunas refuerzan— aunque inintencionadamente— una práctica tradicional en las mujeres, visualizándolas sólo como un apoyo a las luchas generales; otras veces oscurecen las contradicciones y potencialidades que las mismas mujeres van descubriendo a partir de su práctica social; otras, por el contrario, tratan de reforzar la independencia de las mujeres a nivel familiar, pero refuerzan al mismo tiempo su acatamiento a nivel social, asumiendo una definición de las mujeres como sujetos previamente constituidos por la lógica de clases.

b. Los espacios que abre el rol reproductor de las mujeres⁵.

Los alimentos, la salud, el bienestar familiar son las preocupaciones más evidentes que impulsan a las mujeres de los barrios urbano-marginales a organizarse, pero anterior-

5 Las mujeres de los barrios populares urbanos tienen una tradición de lucha y participación que se remonta al momento de la invasión de los terrenos; la lenta conformación del barrio y la permanente organización de la vida colectiva tiene también una historia de organización acrecentada en la última década. Al lado de los antiguos clubes de madres, de larga historia, ligada a las primeras expresiones más orgánicas de clientelaje político, surge en los años 70 desde el Sistema Nacional de Movilización Social (SINAMOS), un ordenamiento organizativo de nuevo tipo cada manzana (bloque de casas) elige a sus representantes, los que a su vez van eligiendo los diferentes cargos hasta llegar, en forma piramidal, a la Junta Directiva del barrio. Esta organización desde la base posibilitó que más hombres y también, aunque en forma minoritaria, mujeres, adquirieran experiencia en cargos directivos. Las mujeres generalmente ocupan los clásicos cargos de asistente social, salud, a nivel de la manzana, pero pocas veces se las elige para desempeñarse en las instancias más altas de la organización. Junto a ellas otras organizaciones con finalidades específicas: los comités de mujeres, los comités de salud, para responder a problemas de la población. Dentro de una ideología de desarrollo comunal, estos grupos participan en el es-

mente las mujeres también han participado en organizaciones que pretendían responder a estas necesidades y no vieron por ello alterada sustancialmente su percepción social ni su autovaloración. Es otro proceso más arraigado en la esfera psicológica y subjetiva, el que parece desarrollarse ahorita y el que nos permite visualizar nuevas prácticas de

fuerzo de promoción comunal. Esta base organizativa se enriquece en el último período con las llamadas "organizaciones funcionales" cuya característica más saltante es la búsqueda de soluciones colectivas para la sobrevivencia familiar. Algunos programas nuclea a mujeres exclusivamente para desarrollar algún tipo de trabajo comunal (desde arborización, limpieza de calles, construcción de locales comunales, hasta recojo de piedras), pagando este trabajo con cuotas de alimentos distribuidos en forma individual. Otras se organizan para abordar unidas los problemas de la emergencia: en comedores populares por ejemplo, las mujeres se organizan por "manzanas" o sectores, turnándose diariamente para la compra y preparación de alimentos, ya sea juntando el presupuesto familiar o combinando este presupuesto con donaciones de alimentos. A su vez el programa del Vaso de Leche (impulsado por la Municipalidad de Lima y que organiza a las mujeres en comités para que preparen y repartan un vaso de leche diario a los niños hasta los 8 años) ha dado origen a miles de pequeñas agrupaciones de mujeres en los diferentes barrios. El PAIT ha venido a sumarse al conjunto de estas organizaciones, agrupando a un número importante de mujeres, aunque este no fue su objetivo inicial. Las mujeres participan en más de una de estas organizaciones; o el comedor popular y el vaso de leche son una actividad dentro de sus organizaciones. A todos estos grupos muchas veces se dirige el trabajo de capacitación, promoción de las instituciones.

La angustiante necesidad económica ha llevado a que el reparto de alimentos sea muchas veces el móvil más claro de organización de las mujeres; incluso las organizaciones de promoción, alfabetización, los mismos clubes de madres, ante la emergencia han debido incluir en la mayoría de los casos el apoyo alimentario para incrementar la presencia de las mujeres en sus actividades. Esta práctica tiene el riesgo de introducir una evidente distorsión en la dinámica de organización y movilización, es decir, reproducir bajo nuevas modalidades el clientelismo. Por otro lado, acentúan además un aspecto característico de las organizaciones anteriores de mujeres en los barrios: aumento de su carga de trabajo cotidiano. A otro nivel, su existencia contribuye a liberar al Estado y organismos de poder local de sus responsabilidades con el bienestar de la población.

las mujeres. Evidentemente no todas las organizaciones contienen el mismo potencial. Aquellas más estables y estructuradas en base a la organización del consumo cotidiano (comedores populares, vaso de leche), contienen más posibilidades de impulsar un proceso permanente y acumulativo, al generar un proceso colectivo que permite ampliar el horizonte referencial de las mujeres, complejizar su práctica cotidiana y evidenciar el carácter público del rol doméstico de la mujer.

Varios factores influyen en este proceso. Por un lado, el que exista en este momento —producto entre otras cosas del espacio ganado por el movimiento feminista—, un nivel de reconocimiento entre las mujeres sobre su situación de desventaja, aunque no claramente aún de subordinación, al interior de sus familias y de la sociedad. Esta percepción de desventaja que en cierta forma está presente en todas las mujeres por su experiencia vital, aunque en forma fragmentada y dispersa, ha comenzado a ser explicitada colectivamente.

Por otro lado, el que las mujeres se reconozcan a sí mismas como "aportadoras" a la economía familiar, aunque nunca en la real dimensión en la que verdaderamente lo son, pero sí lo suficiente como para que su autovaloración comience a modificarse, adquiriendo mayor seguridad frente al hombre. También el haber emprendido muchas veces sin quererlo una lucha al interior de sus hogares para ganar el derecho a "salir" que las ha llevado también a redefinir de alguna forma su responsabilidad al interior del hogar. Para lograr estas modificaciones iniciales, las mujeres han aprendido que "negociar" en su familia, y en esta negociación que expresa un "manejo de poder" desde su posición subordinada, ha utilizado diferentes recursos: tanto el mejor cumplimiento de su rol tradicional ("para salir a la reunión arreglo rápido la casa y dejó la comida lista para que no tenga motivos de protesta"), o la delegación de parte de este rol en otras mujeres de la familia, generalmente las hijas, como el hacer valer el "derecho" que le da el aportar de alguna forma a la economía familiar. Estos recursos además generalmente corresponden

a un proceso creciente de seguridad y autovaloración de las mujeres. En esta negociación entran la persuasión, el chantaje emocional y sexual, y también el enfrentamiento abierto.

Por último, el descubrir a través de la socialización de sus experiencias con otras mujeres que estos problemas no son individuales sino que afectan al conjunto de mujeres cercanas, constituye posiblemente el logro mayor que le imprime otro sentido a la organización.

A partir de este proceso común, las mujeres desarrollan un nuevo sentido de pertenencia a la colectividad. Sin la interferencia de la presencia masculina, sienten sus organizaciones como un lugar propio, donde demandan y otorgan afecto, donde tienen nombre y rostro y no son una masa diluida en el conjunto. A pesar de los conflictos (celos, competencia), sienten que hay un actuar colectivo que les da seguridad y respaldo. Además su contacto con las organizaciones de dirección barrial, en manos de los hombres, y las exigencias de su misma organización, las ha llevado a "aprender a hablar" a defender sus puntos de vista en reuniones públicas, a redactar oficios, a llevar la contabilidad, a asumir y consolidar un liderazgo, a ceder ante las presiones de democratización de las relaciones internas, cuando las líderes generaban actitudes demasiado autoritarias. Su práctica organizativa ha hecho surgir con fuerza nuevos temas, entre ellos, el liderazgo y la autonomía organizativa.

Viejos temas que parecen adquirir, aunque difusamente, nuevos significados innovadores a partir de la práctica del movimiento de mujeres. Sin embargo, los logros son aún inciertos. En las organizaciones, hemos visto, no está ausente el autoritarismo y las luchas, a veces demasiado mezquinas, aislantes y desmovilizadoras de competencia y poder. Viejas prácticas, pero también parte del proceso de aprendizaje de moverse en lo público y afirmar patrones nuevos de relación. En la preocupación por el liderazgo encontramos varios elementos, incluso contradictorios, por un lado, a partir del sentimiento de pertenencia e igualdad que se va gestando al interior de las organizaciones, las mujeres exigen relaciones democráticas, resisten una división del trabajo que excluya a

las líderes de las tareas cotidianas, prefiguran una especie de liderazgo "compartido", en la medida que logran descubrir y potenciar habilidades complementarias en cada una de ellas.

Pero esta práctica, tan sugerente, puede ser también un buen terreno para frenar la diferenciación interna, para imponer una forma de pensamiento y acción única y controladora.

Un elemento nuevo en este proceso está en relación a las cualidades valoradas en las líderes, referida a su capacidad de mantener una cierta independencia y autonomía en sus relaciones familiares y una mayor habilidad para ser "interlocutora" con el mundo público, pero también por su capacidad de establecer nuevas relaciones con las bases.

Un buen número de estas organizaciones ha desarrollado un sentido peculiar de autonomía, frente a intentos de manipulación, tanto de los partidos políticos como de las dirigencias barriales masculinas, e incluso las mismas organizaciones sectoriales de mujeres, y en algunos casos, también frente a los grupos feministas.

No es claro, sin embargo, si el peso está puesto en la necesidad de la autonomía organizativa (e ideológica) o en la secular desconfianza de las mujeres (y en general de los oprimidos) frente a un mundo público cuyos códigos no manejan, que les es hostil, y donde no se sienten en igualdad de condiciones. Desde esta lectura, aparecería como una actitud defensiva, como una forma de preservar también en el espacio público un espacio "privado", no "contaminado" ni confrontado claramente con el poder masculino, lo que aludiría a una cierta "vocación de automarginación" (¿propia de las mujeres?). Podríamos sin embargo, avanzar otra lectura que no niega sino complejiza la anterior. ¿No será esto expresión de la necesidad, en este caso estratégica, de no perder el único terreno donde se sienten más seguras, donde pueden responder a sus demandas más inmediatas y materialmente vitales, intuyendo de alguna forma que el proceso de lucha por la igualdad (y por el poder) en lo público es un proceso largo, cargado de frustraciones y de renunciadas dolorosas? Ligando esto a su capacidad de "negociación" desde su rol tradicional,

podemos intuir que para el aquí y el ahora, ésta también es una forma "política" de defender lo alcanzado y de conseguir modificaciones sin que los beneficios de afecto y seguridad familiar se resquebrajen totalmente (y este proceso no me atrevería a decir que es propio exclusivamente de las mujeres de sectores populares).

Lo novedoso de este proceso es su arraigo en el rol doméstico de la mujer, lo que nos lleva a preguntarnos, ¿cómo lo hacen otros autores, si es en la actual coyuntura que este rol adquiere esta nueva dimensión o si, por el contrario, siempre ha encerrado estas potencialidades, pese a no haber sido reconocido? Como dice Jelin⁶, en la medida que la distinción entre lo público y lo privado no es tajante ni unívoca sino más bien ambigua y multifacética, este rol no puede ser atribuido sólo al mundo privado, ya que su desempeño exige, sobre todo en mujeres de sectores populares, una inserción pública: a través de él se organiza el consumo cotidiano, se entra en relación con los servicios que proporciona el Estado, se establecen redes de ayuda mutua para el cumplimiento de este rol; pero son sobre todo las condiciones de vida de los sectores populares, de permanente incertidumbre e imprevisibilidad cotidiana, las que inciden en que el espacio privado familiar no proporcione la estabilidad material y emocional que se atribuye a la familia patriarcal.

Este carácter a la vez privado y público del rol doméstico, se acentúa en los períodos de crisis económica, momentos en los cuales los recursos creativos y sociales de las mujeres se ponen de manifiesto en su búsqueda por paliar su situación. Junto a esta constatación, otro proceso comienza a evidenciarse en relación al ingreso de la mujer en el espacio público: marginada históricamente de este espacio de sello profundamente masculino, las mujeres han desarrollado tradicionalmente dos alternativas en relación a lo público: o han aceptado su marginalidad como natural e inherente a su rol sin pretender incorporarse a él, o han ingresado a lo público adoptando los valores y comportamientos masculinos,

6 Jelin, Elizabeth, *Movimientos sociales y ciudadanía*.

recusando muchas veces para ello su rol tradicional. Ahora, y a partir de la misma práctica de las mujeres, se vislumbra una alternativa diferente: el ingreso al mundo público a partir de aspectos y comportamientos más propios de su experiencia femenina.

En efecto, las mujeres perciben el mundo social en forma diferente que los hombres, tienen además demandas diferentes, más centradas en la cotidianidad, el afecto y la subjetividad; se mueven en espacios diferentes no institucionalizados, "se mueven en espacios conocidos para conseguir cosas concretas"; desarrollan también formas de lucha diferentes, "menos heroicas y riesgosas y más inmediatas y propias". Lo novedoso de su inserción en lo público está justamente en que ésta es cada vez menos copia de la inserción pública de sello masculino. Llevan a él valores y dimensiones de su rol fundamental y de su espacio privado en el cual ellas se han ubicado a sí mismas como seres sociales e históricos". Es ésta la práctica que nos permite construir una nueva identidad. Pero ello se logra, al decir de Jean B. Elshtair, sólo si consideramos la identidad tradicional de las mujeres como no exenta de vitalidad; sólo si rescatamos en nuestro análisis aquellos elementos de creatividad y resistencia que por siglos hemos desarrollado las mujeres para paliar la condición subordinada y que ha significado una práctica de solidaridad, de valoración de lo subjetivo, de la recuperación del mundo de los afectos. No significa esto ubicar a la mujer como especializada en el mundo privado, recurriendo a la acentuación de lo puramente emocional. Es más bien evitar una lectura rígida que sólo reconoce a la mujer en su calidad de oprimida pasiva y no considera todos los intentos de contraponer que conlleva toda situación de poder (Foucault).

La identidad de las mujeres parecería comenzar a perfilarse así a partir de este engarce entre lo privado y lo público donde no renuncia a lo que siempre ha sido suyo, más propio (el "buen sentido" que según Gramsci tienen todas las personas), pero tampoco renuncian ni se resignan a permanecer al margen de lo público.

Haciendo un balance de esta vertiente, es importante re-

conocer que en todo este proceso está presente en la mujer su autopercepción como género oprimido, pero de manera confusa y no articulada dentro de su práctica cotidiana. La pregunta a hacerse entonces es si a partir de esta experiencia cotidiana y de las prácticas que las mujeres desarrollan es posible que visualicen la dimensión de su subordinación e interrelacionen las relaciones de poder en las que están inmersas. Y aquí se ponen en evidencia los riesgos de este proceso, como el asumir la entrega al bienestar de la familia y la sobrevivencia familiar como la fuente de valorización más importante. En esta realidad, los problemas de violencia familiar y cotidiana, las angustias derivadas del descontrol de su capacidad reproductiva, la frustración frente a una sexualidad muy poco placentera, la necesidad de espacios y tiempos de recreación son también urgentes y están presentes en las preocupaciones de las mujeres, pero fragmentados y disociados en su identidad. En buenas cuentas, el sentido de identidad hasta ahora pone más el acento en su condición de pobre, pobladora, marginal, serrana y menos en su condición de mujeres. Parte del reto es evidentemente reforzar el proceso de articulación de todas estas realidades en la vida de las mujeres, desde la óptica de género.

Creemos, sin embargo, que estamos ante un proceso, que si bien es complejo, desigual y heterogéneo, nos muestra la emergencia de nuevos sujetos sociales protagonizando su historia. Este proceso tendría entonces una enorme vitalidad, a pesar de estar cargado de significados contradictorios y relaciones de dominación. En el estado actual sus demandas como mujeres están aún desdibujadas, aparecen como estallidos ocasionales. Si, desde la lógica de clases, estas formas de participación sólo tienen sentido en la medida que las mujeres se movilizan como apoyo a las luchas generales, desde la perspectiva de género y sorteando la fácil trampa de buscar las reivindicaciones estratégicas en forma evidente, parecería que la mujer está generando desde su propia experiencia, una nueva práctica social que está ensanchando los límites de su rol tradicional y del espacio privado, develando un contenido más público y político. Sólo avanzaremos en este

proceso si, conscientes de los riesgos que el mismo conlleva, contribuimos a fortalecer los elementos más dinámicos y cuestionadores que la práctica de las mujeres está evidenciando.

c. Los espacios feministas.

El movimiento feminista es posiblemente expresión de una conciencia más integral dentro del movimiento de mujeres, en relación a la situación de la mujer como género subordinado. Las feministas hacen del conocimiento y la eliminación de las jerarquías sexuales su objetivo central y, a partir de ello, pretenden articularse con el movimiento de mujeres y el movimiento social en general para la transformación social. En él confluyen tres principios básicos que, según Tournaine, definen un movimiento social: principio de identidad, principio de oposición o definición de su adversario y principio de totalidad o formulación de alternativas globales de transformación de la sociedad. Desde esta perspectiva, siendo importante el sustento social de un movimiento, no es la cantidad la que lo define o le da su contenido específico⁷, sino principalmente la práctica social a la que da origen la conjunción de estos tres elementos, así como los nuevos espacios de cuestionamiento que abre, y los procesos de conciencia que pone en marcha.

En este sentido, el movimiento feminista pretende generar nuevas prácticas sociales de mujeres y de hombres a partir del reconocimiento de la necesidad de superar las relaciones asimétricas entre los sexos. Más que un listado de reivindicaciones para la mujer, el movimiento es un modo de aproximarse a la realidad que considera la perspectiva de las mujeres, y una propuesta de sociedad alternativa a la existente, basada en relaciones igualitarias entre los seres humanos donde la discriminación por sexo, raza, clase o edad no tenga lugar.

Es un movimiento que se postula autónomo como una forma

⁷ Kirkwood, Julieta. *op. cit.*

de garantizar un espacio que profile la propuesta de las mujeres como prioritaria y actual, y no subordinada y postergable; asegurando la vinculación de los problemas de género con la otra forma de ejercicio de poder en la sociedad. No es por lo tanto una autonomía defensiva, de aislamiento, en un mundo de mujeres. Por el contrario, significa espacios diferenciados pero al mismo tiempo coordinados y en permanente interacción.

Su existencia como movimiento se cristaliza en un sinnúmero de pequeños grupos de autoconciencia y de acción, de mujeres nucleadas alrededor de temas específicos y de centros de acción y promoción. Se expresan a través de movilizaciones, revistas, materiales didácticos alternativos, proyectos de acción y de investigación, producciones literarias y artísticas, etc., que van conformando en cierta forma una contracultura y espacios de encuentro y lucha para las mujeres. Han desarrollado además espacios y redes de servicio para mujeres en situación de crisis, a través de servicios de asesoría legal y psicológica.

En este proceso el movimiento feminista ha dado contenido al carácter político del mundo privado, levantando nuevos temas al debate público: sexualidad, violencia, derechos reproductivos, etc., analizando sus implicaciones y conexiones con otras expresiones de poder. Ha ampliado además el contenido de temas tradicionalmente públicos, tales como política, paz, crisis, desarrollo, etc., al incluir en ellos la perspectiva de las mujeres.

A partir del espacio de cuestionamiento abierto por el movimiento feminista, también han comenzado a expresarse otros grupos que sufren marginación en razón de su opción sexual: homosexuales, lesbianas.

Como método de análisis, el feminismo parte de las experiencias personales en la vida cotidiana, para conectarlas con la estructura de dominación de la sociedad.

El movimiento feminista se ha desarrollado hasta ahora en forma acumulativa y desigual, con momentos de expansión relativa y con momentos de relativo estancamiento. Después de un primer momento de lucha indiferenciada, donde aún nos

resistíamos a levantar claramente nuestras reivindicaciones por temor a perder la aprobación masculina, el movimiento entró en un momento de repliegue, volviendo los ojos a nosotras mismas, consolidando nuestros grupos, tratando de reconstruir nuestra identidad como mujeres y de pensar la sociedad en nuevos términos. Ello nos dio la base para nuestra fuerza personal y colectiva, sin embargo, también marcó un cierto aislamiento dentro de los espacios claramente feministas y una actitud desconfiada y defensiva frente al espacio público. Cada uno de estos momentos, sin embargo, han significado un importante avance en el desarrollo de la conciencia y de la autonomía del movimiento y ha complejizado la percepción de las demandas de las mujeres dentro y fuera del movimiento.

En ese sentido, podemos caracterizar el momento actual que vive el movimiento feminista como de viraje desde una "vocación de marginalidad" hacia una voluntad política de propiciar una correlación de fuerzas positivas para la aceptación de las reivindicaciones de género en el conjunto de la sociedad, generando consenso y hegemonía, en el sentido más gramsciano del término, para las propuestas de las mujeres. Este viraje no es reciente: ya en 1985 estaba presente en la decisión de participar en las elecciones parlamentarias con dos candidaturas feministas, en calidad de independientes en las listas de Izquierda Unida:

"Comenzaba a ser evidente para nosotras la necesidad de ampliar el contenido y contingente del movimiento feminista, enfrentando el poder patriarcal en todos los ámbitos donde éste se ejerciera. Fue creciendo la conciencia que no podíamos pretender una centralidad en las luchas feministas desde un espacio privilegiado y vanguardista sino al contrario que era indispensable reconocer las diferentes iniciativas de las mujeres para enfrentarse, en sus propios ámbitos a las artimañas del poder patriarcal; que necesitábamos implementar 'estrategias múltiples de acción', ampliando los caminos del poder para el movimiento, desarrollando, junto con nuestros colectivos y grupos de autoconciencia, espacios de poder y visibilidad en lo público, arraigándonos en la so-

ciudad, convirtiéndonos en movimiento con capacidad de ser interlocutor válido frente a los partidos, instituciones y de cara al Estado"⁸.

Estas "estrategias múltiples de acción" han llevado al movimiento de mujeres a moverse en diferentes niveles y a nosotras a seguir su desarrollo en diferentes espacios. A través de sólo dos ejemplos tratamos de mostrar las potencialidades y limitaciones de este movimiento práctico de mujeres y de nuestra propia comprensión y acción con él para pasar luego a proponer algunas estrategias generales de acción que se desprenden del conjunto de nuestra reflexión.

El primer ejemplo nos permite analizar las contradicciones y riesgos que se pueden generar en las organizaciones funcionales de mujeres, cuando se enfatiza su carácter de servicio y se oscurece así los aportes de estas prácticas a la construcción de una identidad y conciencia colectiva. Reconociendo el enorme potencial que encierra el carácter público que va adquiriendo el rol doméstico de la mujer, es necesario, sin embargo, estar conscientes de los aspectos más tradicionales que se refuerzan o no se ponen en cuestión (como el que la fuente de valoración personal siga siendo casi exclusivamente su aporte al bienestar familiar). En esta misma línea hemos visto cómo la introducción del reparto de alimentos como incentivo de las organizaciones crea una distorsión que puede llevar a que la mujer sea masa de maniobra fácil para gobiernos, partidos o instituciones, de cualquier signo político. Igualmente, el que estas organizaciones se sustenten principalmente en el trabajo voluntario de las mujeres y que no se haya desarrollado una clara conciencia del hecho de que son ellas las que están cargando la crisis económica sobre sus hombros o no analizar las consecuencias que este carácter voluntario del trabajo por las subsistencias tiene sobre las reivindicaciones a más largo plazo de las mujeres, puede generar una serie de tensiones y divisiones entre las mismas organizaciones.

El caso del Programa de Apoyo al Ingreso Temporal

⁸ Vargas, Virginia. Vota por Tí Mujer. Revista ISIS.

(PAIT)⁹, impulsado por el gobierno es, en este sentido, aleccionador. En el PAIT casi el 85 por ciento de la mano de obra es femenina. Muchas de las que participan en el programa son o han sido parte de las organizaciones funcionales de los barrios.

Una de las críticas que las organizaciones barriales, los partidos políticos de oposición e incluso las mismas organizaciones de mujeres hacen al PAIT, se refiere justamente a que este programa está desarticulando las organizaciones de mujeres, pues por estar en el PAIT no asisten a las reuniones, no participan en los cursos de capacitación, no realizan sus turnos de trabajo, etc. El problema sin embargo es otro: si por un lado las organizaciones funcionales permiten a las mujeres abaratar los costos de subsistencia, a través de su trabajo voluntario, el PAIT les significa la obtención de un salario mínimo, para algunas por primera vez en su vida, con el cual hacer frente a sus necesidades económicas, lo que evidentemente le da a la mujer un sentimiento de seguridad y autovaloración muy importante. Por ello, los procesos personales y colectivos que se generan en las mujeres a partir de ambas modalidades de organización no son diferentes: de alguna forma, el estar juntas en una jornada diaria de trabajo, ya sea en el PAIT o en las otras organizaciones, les da la posibilidad de socializar sus experiencias y problemas personales; al contribuir a la economía familiar, su autovaloración comienza a cambiar, etc. Es decir, la crítica al PAIT tendría que estar más centrada en su escaso significado para una solución real al problema del empleo femenino, en los intentos evidentes de manipulación política que sufren las mujeres (en varias ocasiones han sido llevadas como fuerza de choque contra las manifestaciones populares y huelgas de trabajadores); en la falta de canales de decisión para que ellas

9 El PAIT fue pensado inicialmente para dar empleo temporal (tres meses con sueldo mínimo) a la población más necesitada; como era de esperarse, la inscripción de mujeres jefes de familia, madres solteras, o mujeres en situación terriblemente precaria, fue abrumadora. Se trabaja durante 8 horas, en obras de construcción, de limpieza de calles, recojo de basura, etc.

definan el tipo de trabajo u obra a desarrollar, ya que conocen mejor que nadie las necesidades de su sector; o en el carácter temporal del trabajo y la inexistencia de condiciones mínimas de seguridad laboral. El paralelismo a las organizaciones funcionales no es un argumento válido. En la medida que estas organizaciones tienen como objetivo manifiesto el contribuir al bienestar familiar y solucionar el problema de subsistencia, dejan de ser funcionales para las mujeres que acuden al PAIT. Si también se hicieran manifiestos los objetivos en relación a los derechos de la mujer, por ejemplo, estas organizaciones no perderían su vigencia y serían un espacio permanente de referencia para las mujeres del PAIT o de cualquier otro programa o espacio laboral similar. Este es uno de los procesos en los que el movimiento feminista puede aportar.

El otro ejemplo está referido a la incursión feminista en los espacios públicos. La experiencia de participación directa en las estructuras de poder público, cuya expresión más clara fue la participación en la campaña electoral para las elecciones generales en 1985¹⁰, no fue evaluada colectivamente en el movimiento salvo algunas discusiones en pequeños grupos y evaluaciones más personales¹¹, y no se logró extraer conclusiones comunes para estrategias futuras en relación a lo público. Aunque quedó el convencimiento que era importante asumir retos semejantes en el futuro o apuntalar otras iniciativas de mujeres que ya estaban ubicadas en cargos públicos, este convencimiento se tradujo en acciones más o menos espontáneas y aisladas.

A fines del 85, Rosa Dueñas, regidora de la Municipalidad de Lima por Izquierda Unida y de clara vocación feminista, pidió apoyo a dos de nosotras (Victoria Villanueva y yo) para

10 Para las elecciones generales, dos mujeres del movimiento feminista participamos como candidatas independientes en las listas de Izquierda Unida. Nuestro interés era difundir la propuesta feminista desde los espacios que abriera la campaña electoral.

11 Vargas Valente, Virginia. *Vota por Tí Mujer*, op. cit.

organizar la Casa Municipal de la Mujer. Dada la importancia fundamental de esta iniciativa decidimos hacerlo. El trabajo fue arduo, con muchas dificultades para conciliar el interés original que teníamos en hacer de la Casa un espacio amplio y democrático para todas las mujeres de Lima Cercado (la zona central de Lima), e impulsar casas similares en los demás distritos de la ciudad, con el interés de algunos sectores partidarios, y/o de la misma Municipalidad, más dirigido a convertir la Casa en un apéndice informativo de la acción de Municipalidad y/o de coordinación de los diferentes programas de bienestar para mujeres dirigidos por el municipio. La polarización que se dió entre estas dos posiciones creó muchas resistencias en los niveles de dirección de la Municipalidad en los partidos políticos. Las feministas que estábamos participando en el comité directivo de la Casa nos dedicamos a sacarla adelante, a organizar los servicios, a hacer foros quincenales de discusión, pero descuidamos por cierto la difícil tarea de conversar, hacer alianzas con los sectores más afines en los partidos políticos y el municipio, neutralizar las expresiones más recalcitrantes y al mismo tiempo difundir el contenido político de una medida como ésta.

La Casa Municipal fue inaugurada el 8 de marzo de 1986. Indudablemente ha significado un nuevo espacio para las mujeres y ha permitido vislumbrar una estrategia para el acercamiento al ejercicio del poder local. Es decir, las ventajas de ese espacio son indudables; la municipalidad aparece como lugar más accesible en la medida que está más relacionado con la vida cotidiana. Para las mujeres la posibilidad de organización y de presión por determinadas reivindicaciones (control de precios, organización alrededor de los servicios, exigencia de salas cuna, de espacios de recreación familiares, etc.), es vista como más realista. En el caso de la Casa Municipal de la Mujer, además de una permanente y amplia difusión sobre los derechos de la mujer, el hecho que estos sean reconocidos social y políticamente por un organismo de poder local, facilita que las mismas mujeres los asuman como válidos. En ese sentido además de una permanente y amplia difusión sobre la problemática femenina, la implementación

de un servicio legal para mujeres en situación de crisis ha significado un apoyo fundamental para un número importante de mujeres.

Sin embargo, en el momento de confeccionar las nuevas listas de regidores para las elecciones municipales de noviembre de este año, Rosa Dueñas fue colocada en un puesto que posiblemente no permitirá su reelección. Sus méritos y su capacidad de liderazgo son indudables, por lo que en esta postergación, además de la mezquindad con que se han definido los lugares y el consabido cuoteo partidario, ha pesado también el débil esfuerzo que desplegamos para articular esta experiencia con otras expresiones de poder local, el no haber hecho suficientemente visible para el Municipio y las demás instituciones involucradas, su significado político y, sobre todo, no haber asegurado, en el movimiento de mujeres y entre las mismas usuarias de los servicios de la Casa, la existencia de un grupo de presión que impulsara la candidatura de Rosa Dueñas, como una forma de asegurar la continuidad de la Casa Municipal.





4. ALGUNAS ESTRATEGIAS

Hemos querido detenernos en el movimiento real de las mujeres, en sus logros, dificultades y ambivalencias para reflexionar desde allí algunas estrategias para el movimiento.

a) Estar donde están las mujeres, insertarnos en el movimiento práctico y real y no pretender configurar un movimiento al margen; reconocer los intereses inmediatos que movilizan las mujeres y en base a ellos articular los intereses a más largo plazo; rescatar las diferentes expresiones de lucha y organización, asumiéndolas como puntos de partida para el proceso de transformación de su subordinación.

Una primera necesidad, surge de esta tarea: ampliar la concepción de lo que es ser feminista, lo que transforme en más fluidos los límites del movimiento. En efecto, durante mucho tiempo asumimos que el compromiso feminista se concretaba sólo dentro de lo que llamábamos movimiento feminista, a través de la participación de sus grupos de autoconciencia y acción. En este momento, sin embargo, reconocemos que lo importante no es sólo conseguir activistas para el movimiento, sino también reconocer e impulsar en las diferentes prácticas de las mujeres, los elementos de cuestionamiento de su situación de opresión, en el entorno específico en el que se desenvuelve.

Existe un número significativo de mujeres comprometidas con la lucha contra la opresión en las diferentes instituciones, espacios gremiales, sindicales, laborales, partidarios, barriales, etc., cuya experiencia y práctica pueden enriquecer una estrategia común. Esto nos lleva a romper la idea que somos vanguardia en relación a la lucha de las mujeres. Si bien priorizamos la perspectiva de género, somos grupo de presión y conciencia crítica, no somos las únicas, ni nuestro espacio es el único lugar privilegiado para la organización y lucha por las reivindicaciones de género. Reconocemos que la experiencia vital de cada una de las mujeres marca ritmos y tiempos diferentes y ofrece diferentes posibilidades y caminos para asumir la defensa de sus derechos y la afirmación de su identidad como mujer. De ahí que el movimiento se reconozca heterogéneo y no pretenda medir rígidamente lo que es el nivel de conciencia femenino. Lo cierto es que, como señala S. Rowbocham, compartimos, muchas de las que no están circunscritas a la acción en nuestros grupos, un nivel de claridad y lucidez frente a aspectos de nuestra vida, pero también un nivel de conciencia desigual y contradictoria en otros, dado el peso de las estructuras de dominación en nuestra cotidianidad. De alguna forma todas estamos en el mismo proceso de búsqueda de relaciones más democráticas. La diversidad de espacios, de tiempos, formas de lucha y de cuestionamiento enriquece y hace subversivo el movimiento.

Dentro de esta diversidad entonces, ¿qué priorizar? Dos prácticas han estado presentes en el accionar del movimiento feminista en el Perú y en general en América Latina: una, el priorizar determinados temas cuya importancia política es incuestionable en este momento, contribuyendo a hacer público su contenido. Temas como sexualidad, relaciones de pareja, trabajo doméstico, son y siguen siendo fundamentales en la vida de las mujeres y en la sociedad. Sin dejarlos de lado, es necesario sin embargo que las mujeres nos abramos a otras reflexiones, evidenciamos los nexos entre los diferentes aspectos de la realidad, que afectan directa o indirectamente nuestras vidas para plantear alternativas globales.

En un país como el Perú, por ejemplo, es fundamental hacer las conexiones entre la violencia doméstica y la violencia social general; entre la subsistencia cotidiana y la política alimenticia vigente; entre los derechos reproductivos de las personas, mujeres y hombres y las políticas de población. En la medida que pretendemos transformar la realidad global de las mujeres y no pequeñas parcelas de su cotidianidad, es necesario asumirla en toda su complejidad. Más aún si la dominación se sustenta en la fragmentación de la identidad femenina, es necesario anteponer a esta fragmentación un sentido de totalidad, reconociendo la multiplicidad de relaciones de poder que actúan articuladamente para mantener la subordinación.

La otra práctica, ha centrado sus esfuerzos y acciones en las mujeres de sectores populares. Ciertamente, si queremos estar donde están las mujeres y transformar el movimiento en fuerza social debemos contar con la creatividad y despliegue organizacional de las mujeres de escasos recursos — la mayoría de este país—. Sin embargo, debemos evitar movernos en la falsa disyuntiva: clase y género. Sólo si se articulan las diferentes expresiones de dominación a la luz de su subordinación genérica puede fortalecerse su identidad (construida a partir de las múltiples relaciones sociales que entablamos) y potenciarse así la capacidad transformadora de nuestro accionar. Más que priorizar un sector social, el reto que se nos presenta —entonces— es avanzar con diferentes estrategias que, al consolidar el aporte de las mujeres en algunas esferas, contribuya a fortalecer su presencia social en otras. En ese sentido, es tan importante el movimiento de mujeres por transformar el contenido patriarcal de la cultura y el arte¹² como la búsqueda de una nueva forma de par-

12 Una iniciativa interesante ha sido por ejemplo la del Movimiento Manuela Ramos en Perú. Al construir un anfiteatro y promover actividades culturales, entre ellas un concurso de teatro sobre la problemática de la mujer, ha estimulado la producción cultural y teatral referida a la problemática femenina. Por otro lado, no sólo la obra de teatro ha sido presentada en diferentes barrios, motivando procesos muy ricos de discusión, sino también las mujeres artesanas de los barrios han realizado ya una exposición-venta de su producción en el mismo anfiteatro.

ticipación barrial y de liderazgo desde las organizaciones de mujeres. Ambas expresiones son fundamentales y se sustentan mutuamente para ensanchar el horizonte y la conciencia femenina.

De ahí la importancia de establecer nexos, de evitar parcelas aisladas, de generar redes que concentren las diferentes iniciativas en diferentes espacios y realidades sociales, que respeten la diversidad, apunten los aspectos de unidad y den fuerza colectiva.

b) Además de reconocer y consolidar los aspectos propios es necesario conquistar nuevos. Entre ellos, los públicos, asignados a los hombres, que por lo demás constituyen las instancias de decisión. Es decir, los espacios de mujeres son indispensables para el proceso de su autovaloración; la práctica que desarrollan es también fundamental en el proceso de construcción de una nueva identidad. Sin embargo, el riesgo al que permanentemente nos enfrentamos es el del aislamiento de nuestra lucha; el continuar reproduciendo en la sociedad espacios separados para las mujeres, con reivindicaciones que no logren tener la fuerza ni los espacios para su concreción en toda la sociedad; o el quedarnos simplemente en acciones coyunturales que no rasguen en su esencia la estructura patriarcal que nos impide superar una visión localista de nuestro actuar o que nos permitan conectar nuestra experiencia cotidiana de lucha y organización tanto por el bienestar familiar y/o por nuestros derechos como mujeres con el conjunto de la dinámica social, con el conjunto de otras expresiones de poder que están actuando en nuestras vidas.

La confrontación cotidiana y pública en las organizaciones mixtas, en las estructuras partidarias, en las instituciones, son espacios donde podemos difundir nuestra propuesta y concretar nuestras reivindicaciones. Estar en un grupo femenino de cultura alternativa no es lo mismo que elaborar la política cultural; ni estar en la coordinadora del vaso de leche es igual a participar en la dirigencia barrial. Sin embargo, es importante considerar ambas opciones como no excluyentes, más bien establecer sus relaciones respetando sus diferencias. Un grupo de cultura alternativa también puede

pensar una propuesta de política cultural y las coordinadoras del vaso de leche pueden defender la autonomía de su organización y sus derechos desde la dirigencia barrial.

Debemos evitar el riesgo de profundizar la segregación de espacios masculinos y femeninos. Los espacios de mujeres no sólo deben contribuir al proceso de afirmación personal y colectiva sino también infundirnos seguridad y fuerza para la acción y la confrontación con el resto de la sociedad.

Parte de esta estrategia supone renunciar a un feminismo "autocomplaciente" que encuentra su razón de ser en sí mismo y en sus propios espacios, y que no se arriesga ni se confronta al poder patriarcal. La ambigüedad y la contradicción son parte de los procesos sociales y de la vida de las mujeres; como también lo es la negociación, identificando los aspectos fundamentales sobre los cuales incidir en cada coyuntura, las luchas que podemos emprender con más éxito en el corto plazo y las alianzas para acumular fuerzas a largo plazo.

Todo ello le exige al movimiento feminista dotarse de una estructura que por un lado sea lo suficientemente flexible y democrática para albergar las múltiples iniciativas y responder a los ritmos personales de sus integrantes, y por el otro dote de direccionalidad a la acción y responda adecuadamente a las exigencias de ganar presencia y decisión en la sociedad.

No es tarea fácil¹³ pensar en un movimiento estructurado; despierta viejos y generalmente justificados temores frente a posibles relaciones jerárquicas y de poder; la es-

13 En este sentido es interesante el esfuerzo desplegado por el movimiento feminista en el Perú que ha buscado combinar el carácter asambleístico y espontáneo del movimiento con una estructura más ágil y eficaz.. Por un lado el círculo feminista donde participan todas las mujeres de los diferentes grupos y donde se discute y decide la estrategia a seguir, las acciones a emprender; en el caso que sea necesaria la decisión por votación, se hace, a partir de una representante por cada grupo. Por otro lado, un colectivo de coordinación de siete personas, en base a la confianza y no a la representación.. Este Colectivo está encargado de planificar y concretar los acuerdos del círculo y coordinar las acciones públicas del movimiento y facilitar la comunicación y acción colectiva entre los diferentes grupos.

estructura que se ha dado hasta ahora al movimiento ha aquietado en parte estos temores. Pero frente a los temores, es necesario plantear alternativas, no caer en el inmovilismo. Lo importante es recordar que cualquier estructura organizativa, en buenas cuentas, cristaliza una concepción política. En el caso de las mujeres supone una ruptura con aquellas expresiones organizativas reflejo de la jerarquía sexual y social. La forma organizativa del movimiento, a partir de los grupos de autoconciencia y/o colectivos de acción es uno de los aspectos más rico pues da cuenta, a nivel de la organización, de la dimensión subjetiva, base fundamental que nutre la teoría y la práctica de las mujeres y la vida social en general. La organización del movimiento debe permitir establecer las conexiones entre la subordinación genérica y las demás expresiones de poder de la sociedad, transitando desde lo personal hasta la búsqueda de alternativas colectivas. Desde esta perspectiva los grupos de autoconciencia han permitido transformar lo personal en político y darle la base para transformar a las mujeres en sujetos políticos¹⁴.

Mientras más grupos genere el movimiento (de reflexión, de estudios, de creación literaria, derechos reproductivos, violencia, derechos humanos, tercera edad, jóvenes, etc.), la base del movimiento se enriquecerá y sus propuestas de acción serán mecanismos que permitan potenciar la acción, darle más alcance, articularla en una estrategia común. Un mecanismo es justamente una forma organizativa complementaria que, como afirma J. Astelarra¹⁵, enfrente la actual "desproporción entre la estructura organizativa del movimiento feminista y su influencia social".

c) En las dos consideraciones anteriores está presente el tema del poder, tan presente en nuestras reflexiones en el último período y tan ausente sin embargo de nuestras prácticas. Rechazar el poder como dominio, que ha marcado tanto nuestras vidas, es sólo una parte del problema. Al po-

14 Sojo, Ana. *Mujer y Política. Ensayo sobre feminismo y sujeto popular*.

15 Astelarra citada por Ana Sojo. *Mujer y Política. Ensayo sobre feminismo y sujeto popular* Costa Rica.

der dominante no podemos oponer solamente el poder como energía sino desarrollar una estrategia clara que asegure confrontar el dominio desde una posición de influencia y control sobre el poder patriarcal. El poder conseguido sin confrontación es frágil y también complaciente y no nos permite afectar a fondo las estructuras de opresión.

Y es que, como veíamos, el poder es complejo y múltiple. Confrontarlo en nuestras vidas cotidianas y en los espacios donde nos movemos es fundamental, pero acá es nuevamente necesario no perder el sentido de totalidad, si queremos un poder gestado desde la base que esté presente e influencie la vida social. Volvamos a los ejemplos anteriores: en la Casa Municipal de la Mujer abrimos un nuevo espacio, implementamos un servicio, pero no logramos convertir el interés y la fuerza de las mujeres en capacidad de negociar, presionar, e imponer una regidora feminista. En el caso de las organizaciones funcionales, no es suficiente reconocer el contenido público del rol tradicional de la mujer, sino extraer todas las consecuencias políticas de ello, logrando por ejemplo que el rol reproductor sea valorado socialmente con medidas concretas: salas cuna para los hijos de las mujeres que participen en dichos programas; seguro social para las mujeres que trabajan, con o sin remuneración, en los programas de bienestar; etc. En relación al PAIT, el problema que está a la base y que debería ser puesto sobre el tapete y discutido por las mujeres, es el de la política de empleo y la discriminación que sigue existiendo en los programas para mujeres (en base al trabajo voluntario o remuneración temporal) con relación a los programas para hombres.

En buenas cuentas, pensar el poder desde las mujeres tiene un significado claro e inmediato: desarrollar la capacidad necesaria para que las reivindicaciones que plantean las mujeres y sus organizaciones puedan convertirse en propuestas concretas, capaces de ser implementadas por la presión y acción de las mujeres, desde las organizaciones de base, y por la acción directa de las mujeres desde los espacios públicos de dirección.

El campo que tenemos por delante es inmenso: cada una de

las acciones emprendidas puede ayudar a concretar propuestas políticas que empiecen a modificar algunos aspectos más flagrantes de la subordinación femenina. Por ejemplo, dentro de los servicios legales para mujeres que ofrece el movimiento feminista, constatamos que los juicios de alimentos son una de las demandas más comunes; sin embargo, muchas veces es difícil llegar a acuerdo sobre montos económicos porque los hombres no tienen trabajo estable o simplemente son desempleados. Ante esto las abogadas feministas elaboraron una propuesta de ley, que contempla el pago de alimentos ya sea en trabajo o en especies. Ello ha significado una salida para muchas mujeres que de otra forma no hubieran obtenido nada y también ha significado evitar la irresponsabilidad masculina en relación a los hijos. Igualmente se ha conseguido que las mujeres trabajadoras señalen al asedio sexual como un problema laboral fundamental, logrando que sea incluido como falta en la legislación. Para ambas acciones, com¹⁵ prometimos no sólo las organizaciones de mujeres, sino también a legisladores y parlamentarios, hombres y mujeres, tanto del partido de gobierno como de la oposición.

Pero la tarea del movimiento feminista en América Latina frente al poder es mucho más amplia y ambiciosa: convertir las organizaciones y el movimiento de mujeres en grupos de presión y reivindicación; tener presencia activa, crítica y permanente en aquellas esferas del poder público donde se definen las propuestas nacionales. Son dos estrategias que nos deben llevar a conseguir que las reivindicaciones y propuestas de las mujeres sean cada vez menos "asuntos de mujeres" para ser asumidas por toda la sociedad. Ello significaría no sólo beneficiar a las mujeres, sino cambiar profundamente valores y actitudes, pensar con otra lógica la sociedad. Y posiblemente por ello este sea el aspecto más difícil de lograr en sociedades como las nuestras donde la lógica de la imposición y del dominio es la que prevalece porque nuestras democracias son incipientes, porque el pensamiento dominante es autoritario; porque es difícil aún reconocer la pluralidad de sujetos sociales que pueden definir en conjunto nuevas reglas de juego; porque es difícil concebir la resolución de los con-

flictos sociales como un avance del conjunto y no como destrucción del adversario. El reto fundamental es entonces aportar a la construcción de un espacio político donde se instale una propuesta anclada más en la tolerancia y en el respeto que elabore un proyecto social en base a la coexistencia e interrelación de diferentes sujetos sociales y no a su exclusión.

El aporte de la rebeldía de las mujeres puede así contribuir a proponer bases creativas para una resolución no vista más como acto heroico y puntual, sino como aspiración colectiva permanente y proceso cotidiano de transformación de relaciones y conciencias. Ciertamente este proceso sólo será realizable de contar con un vasto movimiento social de mujeres que lo concretice, y dé vida a los buenos deseos y esperanzas que nos mueven.

COLOFON

Esta Primera Edición de 1,000 (mil) ejemplares de EL APOORTE DE LA REBELDIA DE LAS MUJERES, de Virginia Vargas Valente, con los auspicios de CIPAF, se terminó de imprimir en EDITORA TALLER, C. por A., Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de junio de 1988.



Hemeroteca-Biblioteca



000999

Ediciones Populares Feministas
"Colección Teoría"